

tiempo en una posada. Estarás y comerás en casa, y así haz traer tu equipage hoy mismo, que aquí tienes cama.

El señor Portugues, á quien tal vez esta hospitalidad no daba gusto, habló entónçes y dixo á Laura: no Estela, no tienes aquí comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo, y con la circunstancia de ser cosa tuya no puedo menos de atenderle: yo quiero que me sirva, y será el mas querido de mis secretarios, y quien tendrá mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa, yo mandaré le pongan un quarto, y le señalo quatrocientos ducados de salario; y si en adelante me diese gusto, como lo espero, le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincero con su Arzobispo.

A los agradecimientos que dí al Marques añadió Laura otros mayores. Esto es hecho; no hablémos mas, interrumpió el Marques. Diciendo esto se despidió de su Princesa de teatro, y se fue. Laura me llevó á un quarto retirado, y viéndonos solos dixo: hubiera reventado si hubiese resistido mas tiempo la risa, y dexándose caer sobre un sillón apretándose los hijares empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer otro tanto, y quando nos hubimos cansado me dixo: confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia, y á la verdad yo no esperaba tan buena salida: mi ánimo solamente era darte

la

la mesa y quarto en casa, y para hacerlo con un motivo honrado fingí que eras mi hermano, pero ha salido mejor de lo que pensaba; me alegro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El Marques de Marialva es un caballero generoso, que hará mas de lo que te ha prometido. Otra que yo no hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que dexa sus amigos á la francesa; pero yo soy de aquellas mozas de buena pasta, que reciben siempre con gusto al bribon que una vez quisieron.

Confesé de buena fé mi impolítica, y la pedí perdon; despues de lo qual me conduxo á un comedor muy curioso. Nos sentamos á la mesa en donde nos tratamos de hermanos, porque teniamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabamos volvimos al mismo quarto, y allí mi incomparable Laura dando libertad á su genio alegre me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisface su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras; y ella contentó la mia con la relacion de las suyas, que hizo en estos términos.

## CAPITULO VII.

*Historia de Laura*

Voy á contarte lo mas sucinto que pueda el motivo de haber abrazado la profesion cómica.

F 2

Des-



Despues que tan honradamente me dexaste, sucedieron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de cansada que de disgustada del mundo, y me llevó á una bella hacienda que compró cerca de Zamora con moneda estraña. Bien presto tomamos conocimientos en la ciudad, á donde íbamos con frecuencia, y nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viaxillos Don Felix Maldonado, hijo único del Corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad, yo hice un poco de mi parte para facilitársela. Este caballero no tenia veinte años, hermoso como el mismo amor, y encantaba mas todavía por sus modales amables y generosos, que por su figura. Me ofreció con tanta gracia y con tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de aceptarlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; ¡pero qué mal hacen las criadas y mozuclas ordinarias de enamorarse de los hijos, cuyos padres tienen poder y autoridad! Advertido de nuestro trato el Corregidor, que era de los mas severos, procuró evitar con presteza sus consecuencias. Me hizo prender por una tropa de alguaciles, que á pesar de mis gritos me llevaron al hospital de la caridad.

Allí, sin otra forma de proceso, la superiora me despojó de mi tumbaga y de mis vestidos, y me hizo poner un saco largo de sem-

pi-

piterna musga, y ceñirme con una correa ancha, negra, de donde pendia un rosario grueso que me llegaba á los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré un frayle viejo de no sé que orden, que principio á exhortarme á la penitencia poco mas ó menos del mismo modo que la señora Leonarda te exhortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dixo debia estar muy agradecida á las personas que me habian hecho encerrar allí, pues que me hacian un gran servicio retirándome de los lazos del demonio, en los quales lastimosamente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este beneficio les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin consuelo; pero á los nueve (porque yo contaba hasta los minutos) creí mudar de suerte. Al pasar por un patio pequeño me encontró el mayordomo de la casa, á quien todo se sujetaba, hasta la misma superiora. Unicamente dependia del Corregidor, á quien daba las cuentas de su administracion, y quien tenia una entera confianza en él. Llamábase Pedro Zendano, natural de Salsedon en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, seco y de una figura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto ni en el Palacio de tu Arzobispo: parecia que ni aun miraba á las hermanas recogidas.

En-



Encontré, como iba diciendo, al señor Zendano, el qual me detuvo y dixo: consuélate, hija mía, me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dixo, y continuó su camino, dexando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien me imaginaba buenamente que habia examinado la causa de mi encerramiento, y que no habiendola encontrado suficiente para un castigo tan indigno, queria interesarse en mi favor con el Corregidor. ¡Pero qué mal conocia al Vizcaíno, y qué distintas eran sus intenciones! Habia proyectado en su mente un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mía, me dixo: es tanto lo que siento tus trabajos que he resuelto acabarlos. Bien sé que me pierdo; pero no soy ya mio ni puedo vivir mas que para tí. El triste estado en que te veo me parte el corazon. Quiero sacarte de esta prision desde mañana, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo á la satisfaccion de ser tu libertador. Pensé morir de gusto al oír á Zendano; el qual juzgando por mis extremos que lo que yo mas deseaba era salir de mi encierro, tuvo el dia siguiente la osadía de sacarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dixo á la superiora que tenia orden del Corregidor para llevarme á una casa de recreo, en donde estaba á dos leguas de la ciudad, y me hizo que con todo decoro montára con él

él en una calesa de posta, tirada de dos buenas mulas, que para el caso habia comprado. No llevábamos en nuestra compañía mas que un criado que hacia de calesero, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomamos el camino, no como yo creía hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en tan poco tiempo que no podia el Corregidor saber nuestra huida ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos ántes de entrar en este Reyno. Al acercarnos á Braganza el Vizcaíno me hizo tomar un vestido de hombre que tenia prevenido, y contándome ya por suya me dixo en la hostería donde nos alojamos: bella Laura, no me tengas á mal que te haya traído á Portugal. El Corregidor de Zamora sin falta alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira en este Reyno extraño, aunque en el dia esté sometido al dominio Español: á lo menos estaremos aquí mas seguros que en nuestro pais. Sigue, pues, á un hombre que te adora, vámos á vivir á Coimbra, allí pasaremos sin temor nuestros dias con el mayor gusto. Una proposicion tan viva me hizo conocer que mi caballero no era de aquellos andantes que por sola la gloria y cumplimiento de la orden de caballeria trasportaban y ponian en seguridad á las Princesas. Sin dificultad comprendí esperaba mucho



cho de mi agradecimiento, pero mas de mi miseria. No obstante, por mas que uno y otro motivo me impeliesen, repugné mucho, y me negué á lo que me proponía. Es verdad que por mi parte tenia dos fuertes razones para mostrarme tan contenida: ni era de mi gusto ni le creía rico. Pero quando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado fondos para mucho tiempo, ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me mostró, y entónces conocí que el interés sabe hacer tantas metamórfosis como el amor. Poco á poco apareció mi Vizcaíno otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco me pareció una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta á su hipocresía la daba un nombre favorable. Con esta mudanza acepté voluntariamente su mano tomando al Cielo por testigo de nuestra union. Desde entónces no halló contradicion en mí para cosa alguna; tomámos de nuevo nuestro camino, y muy presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró muy buenos vestidos, y me presentó muchos diamantes, entre los quales conocí el de Don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian todas las piedras preciosas que habia visto, y para persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento. Pero con-

si-

siderándome como la causa primera de sus hurtos se los perdonaba. Una muger excusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura: sin esta consideracion me hubiera parecido muy perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños y me mostraba mucho amor. Sin embargo, todo esto no era mas que falsas exterioridades: el bribon me engañaba con ellas, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger seducida por un hombre infame. Habiendo venido de Misa una mañana no encontré en la casa mas que las paredes. El bueno de Zendano y su fiel criado se manejaron con tal destreza que en menos de una hora no dexaron estaca en pared; todo se lo llevaron, de modo que solo me quedó el vestido que tenia puesto, y la sortija de Don Félix que por fortuna llevaba en el dedo, con lo que me ví como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á lamentar mi desgracia, antes bien dí gracias al Cielo porque me habia librado de un infame que tarde ó temprano habia de caer en poder de la justicia. Reputé por perdido el tiempo que habiamos vivido juntos, y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido quedarme en Portugal con alguna señora ilustre, hubiera tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó mi estrella que me preparaba mejor fortuna, solo pensé en volver á ver

TOMO III.

G

á



á España. Un joyero me compró el brillante, tomé su importe en monedas de oro, y salí en una calesa con una señora Española, ya anciana, que iba á Sevilla.

Llamábase Dorotea, y habia ido á Coimbra para ver una parienta que vivia en aquella ciudad, y se volvía á Sevilla en donde tenia su residencia. Confrontamos ambas de tal modo que desde la primera jornada nos unimos, y se fortificó tanto nuestra amistad en el camino, que quando llegamos á Sevilla no permitió saliera de su casa. No tuve lugar de arrepentirme de haber contraído semejante conocimiento. No he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la vivacidad de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear en sus reñas bastantes guitarras, y por esto sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dexaron.

Tenia entre otras prendas excelentes la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Quando la conté mis cuitas tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones á Zendano. ¡ Ah perros! dixo con un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo miserable. Hay en el mundo bribones que como éste se deleitan en engañar las mugeres. Lo que me consuela, hija mia, es que segun tu narracion de ninguna manera estás atada por matrimonio al

per-

perjuro Vizcaíno; si ésto pudiera excusarte con Dios y con el mundo, fuera un obstáculo para contraer otro mejor, si se ofrecia ocasion.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la Iglesia ó á visitar alguna amiga, medio seguro de encontrar prontamente aventuras, y en efecto me atraxo las miradas de muchos caballeros, de entre los quales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona, pero los unos no tenian con que subvenir á los gastos de un establecimiento, y los restantes todavía eran unos babosos, lo que me quitaba la gana de oirlos, sabiendo por mi experiencia las consequencias. Un dia quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba la famosa comedia, el Embaxador de sí mismo, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentaron en el teatro descubrí una de mis antiguas amigas, Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, con quien comiste algunas veces en casa de Arsenia. Yo sabia muy bien que Fenicia habia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá seria tambien porque no la representaban ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soy tan risueña, un cómico per-

G 2

fec-



fectamente ridículo no me divierte menos que uno excelente. En fin llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia de la desdenosa, escuchando con melindres el dulce gorgceo de un paxarito, al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos testificámos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dexamos para el dia siguiente hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar mis ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia y hacerla preguntas y repreguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me conduxese al quarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del qual habia diez ó doce pequeñas salas, separadas solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la quadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la qual abrió Fenicia, cuya lengua se recomia tanto como la

mia por hablar. Apenas tuvimos tiempo para sentarnos quando principiámos á charlar, y venos en disposicion de palotear sin cesar. Teniamos tanto que preguntarnos que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, y despues de habernos instruido del estado presente de nuestros negocios, me preguntó Fenicia, qué partido queria tomar, porque en fin, me dixo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu tiempo ser inútil á la sociedad. La respondí que habia resuelto, hasta mejor fortuna, colocarme con alguna señorita de calidad. Quitate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dije mio, que no te has enfadado de servir? ¿No te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oír que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿Por qué no escoges, como yo, meterte á comedianta? Nada mas conveniente á una persona de luces, y á quien faltan bienes y nacimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto incomodan. Nuestras rentas, cuyos fondos posee el público, se nos pagan en moneda corriente; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hemos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo



á las mugeres. Todavía me salen los colores quando me acuerdo que quando servía á Florimunda no oía otros requiebros que los de los criados del corral del Príncipe, y que ningún hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia allí papel; por buena que sea una pintura no se celebra si no se expone al público. Pero despues que me presenté en las tablas ha habido una gran mudanza. Yo llevo al retortero los mejores mozos de los pueblós por donde pasamos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta, es decir, que no hace favor mas que á uno, se celebra como honrada y modesta; y quando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Pero si contrae una viuda terceras nupcias se hace despreciable, porque esto choca la delicadeza de los hombres; pero una cómica se hace de mas valor, á medida que hace mayor el número de sus favorecidos. Todavía despues de cien cortejos es un plato que solo se presenta en la mesa de los señores.

¿Para qué te cansas, interrumpí yo al llegar aquí? ¿Piensas tú que me son desconocidas esas ventajas? Muy de ordinario me las represento, y hablándote sin ningún disimulo, te digo que ellas lisonjean demasiado á una muchacha de mi genio. Tengo mucha inclinacion á la comedia, pero esto no basta, se requiere

ta-

talento, y no lo tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no quedó gustosa: esto me ha hecho disgustarme del arte. No es extraño que disgustases á Arsenia, porque las cómicas célebres son por lo comun envidiosas; á pesar de su vanidad temen que se les presenten objetos que las desluzcan. En fin, sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Te digo sin adulacion que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion libre y muy graciosa, el metal de la voz dulce, buen pecho, y sobre todo una cara pulida. ¡Ah, gran picarona, á quantos encantaras si fueras comedianta!

A esto añadió todavía otros discursos artificiosos, y me hizo representar algunos versos, con el ánimo solamente de hacerme conocer la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido fueron mayores sus elogios hasta aventajarme á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debía ya dudar de mi mérito, ni dexar de condenar á Arsenia de envidiosa, y de mala fé. Me fue preciso convenir en que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos comediantes que entraron en aquel punto, los que quedaron arrebatados, y quando volvieron de su admiracion fue para colmarme de aplausos. Hablando seriamente aseguro que aun quando los tres hubieran ido des-



desafiados á qual me habia de alabar mas no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que sufrir con tantos elogios. Yo principié á creer que valia alguna cosa, y veme aquí decidida por la comedia.

No hablémos mas, querida mia, dixe á Fenicia, esto es hecho. Quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía, si no hay inconveniente. A esto mi amiga transportada de gusto me abrazó, y sus dos camaradas no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Convenimos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y haria presente á toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia dí una opinion ventajosa de mí, todavia juzgaron mas favorablemente los comediantes quando dixe en su presencia una veintena de versos; y me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entonces toda mi atencion se dirigió al modo con que debia presentarme por la vez primera. Para hacerlo con mas brillo emplee todo el dinero que me quedaba de la sortija; y aunque no tuve bastante para vestirme soberviamente, suplió el gusto delicado y ayroso la magnificencia que faltaba. En fin salí á las tablas. ¡Qué palmadas! ¡qué elogios! Amigo mio, no faltaré á la modestia si te digo que arrebaté toda la atencion de los espectadores. Era necesario haber visto el ruido que yo hice en Sevilla para creerlo. Yo fui el asunto de todas las conversaciones de la ciudad,

dad, que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atraxo al público, que ya principiaba á abandonarla. Me presenté de un modo que encantó á todos, y esto fue publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecirme sus atenciones y facultades. Por mi gusto hubiera elegido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debémos consultar el interes y la ambicion quando se trata de contraernos. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á Don Ambrosio de Nisaña, hombre rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucia, aunque ya viejo y de muy mala figura. Es verdad que le costó caro. Me alquiló una bella casa, la adornó magnificamente, me puso un buen cocinero, dos lacayos, una doncella de labor, y mil ducados por mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podia concebirla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y la miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso sinceramente que los aplausos del público, los discursos lisonjeros que oía por todas partes, y la pasión de Don Ambrosio me inspiraron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un



título de nobleza, y tomé el ayre de una mu-  
ger ilustre; ya escaseaba tanto las miradas ca-  
riñosas, quanto las habia prodigado antes has-  
ta tomar la resolucion de no hacer caso sino de  
Duques, Condes y Marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus ami-  
gos venia todas las noches á cenar á mi casa:  
yo por mi parte procuraba juntar las comedian-  
tas mas entretenidas, y pasábamos la mayor  
parte de la noche en beber y en reir. Una vida  
tan agradable me acomodaba mucho; pero no  
duró mas que seis meses. Si los señores no tu-  
vieran la facilidad de cansarse serian muy ama-  
bles. Don Ambrosio me dexó por una maja Gra-  
nadina que acababa de llegar, y que tenia el ta-  
lento de hacer valer sus gracias. Mi afliccion  
no pasó de veinte y quatro horas, porque in-  
mediatamente ocupó su lugar un caballero de  
veinte y dos años, llamado Don Luis de Calazer,  
de tan buena cara que pocos podian comparár-  
sele. Con razon me preguntarás por qué elegí á  
un señor tan jóven, sabiendo que el comercio  
de esta clase de amantes es peligroso; pues yo  
te digo que Don Luis ni tenia padre ni madre,  
y que poseía ya su caudal; ademas que este  
trato solo deben temerlo las criadas y las mi-  
serables aventureras; las de nuestra profesion  
son personas de título, nunca somos responsa-  
bles de los efectos que producen nuestras gra-  
cias. Desgraciadas las familias á cuyos herederos  
hemos descañonado.

Tan

Tan fuertemente nos unimos Calazer y yo,  
que dudo haya habido amor como el nuestro. Pa-  
rece nos amábamos á porfía: todos creían éra-  
mos dos amantes los mas dichosos; pero en rea-  
lidad eramos infelices. Don Luis era amable por  
su figura; pero tan zeloso que me desolaba á cada  
instante con injustas sospechas. Por mas que  
procurase no mirar á hombre alguno, para acom-  
modarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza  
hallaba delitos con que inutilizaba mi re-  
serva. Si estaba en las tablas le parecia que mien-  
tras representaba miraba al descuido cariñosamen-  
te á algun jóven, y con esta sospecha me llena-  
ba de injurias. En una palabra, nuestros mas  
tiernos entretenimientos se mezclaban siempre  
con quimeras. No pudimos sufrir mas; á am-  
bos nos faltó la paciencia, y rompimos amigable-  
mente. ¿ Creerás tú que el último dia de nuestra  
comunicacion fue el mas gustoso que habíamos  
tenido hasta entónces? Igualmente fatigados los  
dos de los males que habíamos sufrido nos des-  
pedimos con la mayor alegría, como dos mi-  
serables cautivos que recobran su libertad despues  
de una dura esclavitud.

Desde entónces he procurado precaverme  
del amor. No quiero mas union que turbe mi  
reposo. No sienta bien en nosotras suspirar co-  
mo las demas mugeres: no debemos abrigar en  
nuestro pecho una passion cuyas ridiculeces ha-  
cemos ver al público.

Entretanto se aumentaba mi fama. Ella pu-  
bli-



blicaba por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable me enviaron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el qual me pareció que era un partido ventajoso; así lo acepté, aunque en el fondo de mi corazón sentia dexar á Fenicia y Dorotea, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera dexé en Sevilla ocupada en derretir la vaxilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comediante. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con esto salí para Granada.

Allí principié mi exercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino á quien me diese buenas esperanzas, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo temiendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un Oydor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa y equipage hacia el papel de señor, quando ví la primera vez al Marques de Marialva.

Este señor Portugues, que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á

á la comedia, y justamente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para ajustarse quando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi Portugues solo pensó en mí, y á decir verdad, como no ignoraba que mi compañera habia agradao á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

## CAPITULO VIII.

*Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada; y de la persona á quien reconoció en el vestuario.*

En el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comediante vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido excelente para hacer el papel de la Diosa Cotis. Mi hermana no dexó de pre-